

actualidad, lo que dice de Castellano no sólo como filósofo de la política sino además como agudo observador del presente.

El último grito de la moda del modernismo político –el comunitarismo– ocupa el capítulo VIII, titulado: «¿La estrategia del Caporetto?», esto es: «la retirada», que da lugar a un examen sesudo y lúcido del librejo de Rod Dreher, *La opción benedictina*, una suerte de apuesta posmoderna que reemplaza el orden natural por la voluntad humana, en este caso, la retirada, el abandono, como sistema propuesto a los católicos. Estamos en las entrañas de «las razones de la antimodernidad», el escape de la Modernidad que es su conservación. Pero también nos encontramos en pleno «americanismo» porque, desculando el texto de Dreher, Castellano saca a la luz el granujiento rostro americanista del autor.

Conocía todos los trabajos que Danilo Castellano ha reunido en este nuevo libro. Como he pretendido mostrar, ellos están perfectamente entrelazados y pueden leerse desde el prisma de la teología política, que es la negación del pensamiento moderno, del racionalismo y del sistema. La selección es excelente. Como siempre, esta vez también, la lectura –y la relectura– de Castellano es fuente de reflexión, invitación al estudio. También lección de entereza. No es el autor hombre de doble corazón, es de corazón recto, no transige, pues la Verdad –incluso la verdad política– es intransigente, siempre en razón de su Autor.

Juan Fernando SEGOVIA

Miguel Ayuso, *La crisis de la cultura política católica*, Madrid, Dykinson, 2021, 164 pp.

Miguel Ayuso reúne en este libro seis estudios que giran en torno a la cultura política católica, inmersa en proceso secular de decadencia que, a esta altura de los tiempos, aflora (o desflora) como una grave crisis, a juicio del autor. ¿Es así? Por supuesto que las explicaciones habremos de pedir las al propio Ayuso, pero sabemos que hay un público que no gustará de ellas. Ciertos sectores católicos conservan un optimismo a toda prueba y rechazarían el análisis de nuestro autor.

Recuerdo que en una ocasión hizo contacto conmigo un conocido editor y escritor nacionalista católico argentino que me pidió una colaboración para su página de Internet que estaba por inaugurar. Acepté y le envié una reseña de otro libro de Miguel Ayuso, *La concepción católica del Estado*. No le gustó, me la devolvió diciéndome que no la publicaría si no cambiaba el balance negativo de la nota. Le contesté que no se trataba de la opinión del comentarista sino de la exposición del propio Ayuso, que compartía. No hubo caso. No se publicó.

Lo que inquieta de varios o muchos católicos de hoy es la ceguera. Esto es bíblico, como lo es también la advertencia del salmista que en boca del Señor nos dice no ser como animales. Pues Miguel Ayuso no lo es: se vale de su inteligencia, animada por una fervorosa piedad católica, para exponer con valentía un punto de vista que suele repugnar. Y repugna hasta tal punto que se lo silencia. No seré parte del complot, porque el cielo no se puede cubrir con un arnero.

Se pregunta Ayuso si estamos frente a un ocaso o eclipse de la cultura política católica. Es la materia del capítulo 1, en el cual, luego de decirnos –de la mano del Pío XII– qué se ha de entender por cultura católica, examina el concepto de una cultura política católica para mostrarnos lo que llama su «proceso de destrucción», que sintetiza en el proyecto de alianza con el mundo, la laicidad, que es moderno por protestante e ilustrado; hoy, liberal. Expone la vía francesa de este ocaso, que sintetiza –tras largas y sesudas páginas– en el paso del laicismo a la laicidad; continúa con la vía americana, el americanismo que, desde su nacimiento, se mece en la cuna del laicismo; sigue con el estudio de las vías italiana y alemanas, que siguen similar derrotero; y se detiene en la vía hispánica para concluir, dolorosamente, que no hemos sido ajenos a esa *kulturkampf*.

Lo acontecido en el mundo hispánico requiere de mayor detalle, que es lo que se hace en el capítulo 2: «Liberalismo y laicismo en la España contemporánea», en el que precisa el momento en el cual parece haberse instalado esa visión católica que produjo la decadencia. Siguiendo a don Rafael Gambra lo sitúa en el siglo XX –aunque sus raíces se perciben ya en el XIX– con el falso enfrentamiento de liberalismo y comunismo, falso por-



que el problema para los católicos es el liberalismo, no sólo el comunismo. Liberalismo español que el autor expone en su evolución: progresistas y moderados, que dan lugar a liberales a secas y conservadores, para expresarse luego –a partir de la Segunda República– con los nombres de propagandistas y exquisitos. En esta debacle, los últimos años han traído las aguas inmundas del multiculturalismo, de lo políticamente correcto que remata en la «posverdad». ¿Dónde estamos parados hoy –se preguntará el lector– los católicos que deseamos no perder la fidelidad que nos está mandada?

Momento singular es el de la democracia cristiana en España, objeto del capítulo 3, que Ayuso remonta a la división de los católicos entre liberales y sociales, brecha en la que se incrustan los partidos sólo católicos y que andando el siglo XX da lugar a la mentada democracia cristiana, no obstante –lo señala nuestro autor– las advertencias pontificas de León XIII y Pío X. El instituto primitivo adoptado por estos demócratas católicos es la «Asociación Católica Nacional de Propagandistas», que evolucionará hacia la democracia cristiana. Y frente a ello, lo estudia Ayuso, no queda sino el tradicionalismo católico, del que los propagandistas –en su ambigüedad– quisieron apropiarse o, cuando menos, travestirse.

Ahora bien, un *intermezzo* para tener comprensión cabal del despiste católico en política, lleva a estudiar el «Menéndez-pelayismo político» (capítulo 4), que continúa las impresiones de Francisco Elías de Tejada. La tesis de Ayuso es que Menéndez Pelayo –el gran polígrafo– no tiene más que una aparente significación política; que de admitirse que don Marcelino haya sido un pensador político, no era tradicionalista sino enfrentado a la tradición política hispánica; y que, cuando la descubrió, era tarde ya; tarde para sus años y tarde para España. Menéndez Pelayo, y los Menéndezpelayistas políticos, no comprendieron esa tradición, rechazaron el Carlismo, fueron –en todo caso– neotradicionalistas. No obstante ello, Ayuso no condena al hombre, rindiendo piadoso tributo al maestro de la ciencia española.

Sumamente interesante es el capítulo 5, al punto tal que estoy tentado de decir que vale todo el libro. Pero como no soy más que su autor, diré que vale como invitación (de mi parte desafío a

Miguel Ayuso) a escribir mucho y más extenso sobre «La Ciudad Católica y la acción del laicado». Y debería hacerlo –sé que lo ha hecho fragmentariamente en otras ocasiones– porque La Ciudad Católica es empresa de sus maestros y suya también, suya de toda una vida dedicada a cumplir con el mandato: *Instaurare omnia in Christo*.

Lo que se quiere aquí es presentarnos el lugar que ha ocupado y ocupa La Ciudad Católica en la defensa de la verdadera cultura política católica, con el adicional que se trata de una acción de los laicos porque la Iglesia no la ha apoyado. Se entenderá, pues, por qué es fundamental que nuestro autor escriba la historia de la que es protagonista, para que no lo hagan –además– otros y con otras ideas, como se ha hecho ya. Pero volviendo al capítulo, Ayuso se ha quedado corto: ha explicado la condición de los católicos en su enfrentamiento con el Estado liberal, ha expuesto el origen francés y belga de La Ciudad Católica, pero ha dedicado algo más de cuatro folios al arraigo de la institución en España. Y teniendo a la vista que solamente en la Madre Patria existe La Ciudad Católica, hay otro motivo para trazar esa historia.

Llegamos al final, que no deberíamos leer como un cierre o un portazo, sino más bien –así me ha parecido– como una ventana entreabierta a los días venideros, porque ayer, hoy y mañana hemos de vernos con «La perenne tentación liberal». El problema del liberalismo y de sus parientes –las democracias– fue, es y será un reto permanente a la tradición política católica. Miguel Ayuso lo ha dicho muy bien: no podemos ser amigos del liberalismo, tampoco del que se dice católico, porque el liberalismo es sinónimo de naturalismo, porque ha sido combatido por la doctrina de la Iglesia y el tradicionalismo político, porque nuestro rey es Cristo Rey.

Libro valiente, inteligente, piadoso, como se ha dicho ya. Libro preñado de sutilezas, no por exquisiteces que desvían la atención o encubren verdades o dichos. Nada más lejos del engaño o el disfraz, se trata de sutilezas obligadas por la misma historia de España que Ayuso recorre con gran maestría. Libro para meditar, para ahondar en las causas de la crisis denunciada; para reflexionar acerca de nuestra actitud personal, de nuestra responsabilidad en esta crisis.



El capítulo 5 abre con una frase de Álvaro d'Ors en la que queda encerrada la alternativa que hoy los católicos no pueden evitar: «libertad religiosa o libertad política». Miguel Ayuso nos ha dado la respuesta. Pero me gustaría que los lectores reflexionaran sobre el sentido de la opción. Primero, no hay una síntesis; aquí no hay lugar a Hegel, porque libertad religiosa más libertad política es igual a los días que vivimos. Segundo, si optamos por la libertad religiosa, nos embadurnamos de mundo y sus miasmas, traicionamos la fe. Tercero, si elegimos la libertad política, debemos tomar conciencia de que para nosotros, católicos, está libertad no está anclada sino en las verdades eternas de la Iglesia. Debemos reflexionar, porque pocas cosas hay tan extrañas a la cultura política católica que las instituciones de la democracia americana, que no son «un mal menor».

Juan Fernando SEGOVIA

Horacio Sánchez de Loria Parodi, *El pensamiento político de José Manuel de Estrada. Del liberalismo católico al ultramontanismo*, Buenos Aires, Ed. Torre de Hércules, 2021, 300 pp.

Nuestro amigo y colaborador, Horacio Sánchez de Loria Parodi, miembro de número de la Academia Nacional de la Historia de Argentina, de la que fuera Secretario; correspondiente de la Real Academia Española de la Historia; doctor en derecho y en filosofía; continúa en este su nuevo libro historiando las ideas políticas de los más eminentes actores y pensadores católicos argentinos. El largo trayecto que el autor se ha impuesto comenzó en 2002 cuando apareció el ejemplar dedicado a *Fray Mamerto Esquiú*, prosiguiendo con los dirigidos a *Félix Frías* (2004), *José Benjamín Gorostiaga* (2006), *Tristán Achával Rodríguez* (2008), *Apolinario Casabal* (2010), *Indalecio Gómez* (2012), *Adolfo Korn Villafañe* (2014) y *Máximo Etchecopar* (2015).

La labor es meritoria por rescatar del olvido a tantos hombres de valía, aunque desigual, como él ha reconocido; es también exhaustiva, al haberse propuesto una línea de investigación y publicaciones que ha sido reconocida en los ambientes académicos.